

ALGUNOS ASPECTOS INTERESANTES
DE LA FILOSOFÍA DE
DON MIGUEL DE UNAMUNO

by

Lee H. Jason, A.B., University of California
at Los Angeles, 1930

Submitted to the Department of
Spanish and Portuguese and the
Faculty of the Graduate School
of the University of Kansas in
partial fulfillment of the re-
quirements for the degree of

Master of Arts

Approved by:

Lois M. Osma

Instructor in charge

April 22nd, 1932

Arthur L. Owen

Chairman of department

El presente trabajo se llevó a cabo mediante la dirección y el consejo del Profesor José M. de Osma de la Universidad de Kansas. Per su crítica y sus sugerencias apreciables, el escritor desea expresar profundo agradecimiento.

PREFACIO

En el presente estudio se intentan examinar algunos aspectos interesantes de la filosofía de Don Miguel de Unamuno. Se limita a exponer la manera en que Unamuno expresa, por medio de sus ensayos, el "quijotismo", el Sentimiento Trágico de la Vida, y la reflexión de España en su propia personalidad.

Unamuno ha discutido casi todos los problemas, pero es con los tres aspectos ya mencionados, tal vez, que interesa más. Don Quijote parece haberse encarnado en Unamuno. Es aparente su quijotismo. Como el caballero andante, a su manera, Unamuno sufre el conflicto entre la fe y la razón que llega en él a ser el sentimiento trágico de la vida. Y puesto que España, en el concepto de Unamuno, es un país quijotesco que está atormentada con este conflicto trágico, es natural que al autor le preocupe.

Hay que tener cuidado al hablar de la "filosofía" de Unamuno. No es convencional; en efecto el autor rechaza todo sistema y todo método. El crítico Ford tiene razón cuando dice que si Unamuno construyera un sistema perfecto de filosofía

con el apoyo de la lógica y la razón, lo quemaría en seguida, llamándolo un insulto a los muchos milagros que nos rodean.

Este estudio no intenta ser, pues, más que una introducción al pensamiento de Unamuno. Las conclusiones se basan en los ensayos de Unamuno y en los comentarios de sus críticos, mencionados en la Bibliografía.

ÍNDICE

INTRODUCCION.....	
I. UN QUIJOTE MODERNO CONTEMPLA	
AL QUIJOTE ETERNO.....	
1. Concepto de Don Quijote. El Caballero.	
2. Paralelismos en el Quijote.....	
3. Concepto de Sancho. El Escudero.	
Contrastes.....	
4. Dulcinea del Toboso.....	
5. Quijotismo y Cervantismo.....	
II. EL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA.....	
III. ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES.....	
CONCLUSION.....	
NOTAS.....	
BIBLIOGRAFIA.....	

INTRODUCCION

I

Don Miguel de Unamuno y Jugo nació el 29 de septiembre de 1864, en la ciudad de Bilbao. Allí pasó los años de infancia y mocedad. Los años escolares no indicaron mucho del hombre que iba a resultar. Su niñez fué, según González Ruano, "tranquila, reposada, serena, un poco abismada." Al bombardeo de Bilbao en 1874 por las tropas carlistas, atribuye Unamuno una importancia capital en su formación. En esos momentos parece haber terminado su niñez. ~~Empezaba~~ a mostrar una prematura consciencia de las cosas; recuerda Unamuno el Bilbao de aquel entonces en su novela Paz en la Guerra, y relata también varios incidentes interesantes de aquellos días en sus Recuerdos de Niñez y Mocedad.

A eso de los catorce años empezó las lecturas que despertaron los pensamientos que más tarde en él influyeron tanto. Estando en el cuarto curso del Bachillerato se pasaba horas leyendo a Balmes y Donoso Cortés, y empezaban a interesarle los pensamientos de Kant, de Descartes, y de Hegel.

En 1879 se trasladó a Madrid y se matriculó en la Facultad de Letras de la Universidad. En aquellos días dominaban el ambiente algunos escritores que llamaron la atención del joven. Entre ellos son Donoso Cortés, Alarcón, Ayala, Valera, y Don Marcelino Menéndez y Pelayo los más importantes.

El año de 1884, Unamuno se doctoró y volvió a Bilbao. Desde su ciudad natal empezaba a prepararse para hacer oposiciones a cátedra. Hizo, sin fortuna, una a Lógica, otra oposición a Metafísica, y dos a Latín. A punto de desesperanza, fué recibido a examen de Lengua y Literatura griegas, en oposición presidida por Valera y Menéndez y Pelayo.

II

En mayo y junio de 1891, durante esas oposiciones a la cátedra de Griego, comenzó la importante amistad entre Unamuno y Angel Ganivet. Se hallaron ambos en Madrid con el fin de hacer oposiciones a cátedras vacantes, Unamuno a la de Salamanca, y Ganivet a una de Granada. Los dos se reunían frecuentemente y hablaban de política, de filosofía y de otros asuntos de interés común.

Durante estos meses Ganimet y Unamuno "departieron pensamientos y compartieron inquietudes de oposiciones."¹

En varios puntos los dos habían de estar de acuerdo, pero en lo fundamental parecían estar disconformes. En la vida y en el pensamiento había mucho que les separaba. Ganimet sufría una preocupación sensual, un erotismo agudo al cual muchos atribuyen su suicidio. Había en Ganimet más vaguedades que en Unamuno; "también más vigor instintivo, más elegancia, más bruma poética y acento racial."² Unamuno parecía estar ya entonces intelectualmente más formado, y sin duda más tranquilo, en la existencia. Hay que hablar con cuidado de mutuas influencias puesto que Unamuno, con otros, las niega, aunque hay varios críticos que las afirman y aún se atreven a indicar reflexiones del Idearium de Ganimet en los ensayos En Torno al Casticismo de Unamuno. Hay que considerar lo que sucedió. Unamuno iba a tomar posesión de su cátedra en Salamanca. Ganimet, fracasado, iba a prepararse a oposiciones al Cuerpo consular, y daba expansión a su vida melancólica y sensual en los géneros literarios que cultivaba.

Algunos años después de que separaron, hacia

1896, el Catedrático de Derecho civil en Salamanca, Don José María Segura, le dió a Unamuno unas correspondencias escritas por Ganivet desde Gante a "El Defensor de Granada". Las leyó Unamuno y se encontró "con otro hombre" que en las conversaciones se le había revelado. Le escribió Don Miguel, le contestó el otro y trabaron una relación epistolar que terminó con la "misteriosa y tal vez trágica muerte" de Ganivet.³ Tal fué el origen de los escritos que se publicaron bajo el título de El Porvenir de España.

De las llamadas influencias de Ganivet sobre Unamuno, terminamos (sin quedar en ello) con lo que declaró éste en 1912, con ocasión de la reimpresión de El Porvenir de España: "Es decir, y lo digo redondamente y sin embages, que si entre Ganivet y yo hubo influencia mutua, fué mucha mayor la mía sobre él que la de él sobre mí."⁴

III

Hasta 1901 tuvo Unamuno la cátedra de Griego y la de Historia de la Lengua Castellana. En 1901 fué nombrado Rector de la Universidad. Cultivaba la amistad del profesor Dorado Montero, se interesaba en la política y escribió en un periódico republicano dirigido por Montero. En 1914, los

amigos de Unamuno decidieron presentarle como candidato a senador. Con su firmeza característica, rechazó la proposición de ingresar en ninguna organización política. Durante la actividad electoral, destituyeron a don Miguel de la Rectoría de la Universidad, considerando que el cargo de Rector no era político y que Unamuno tenía algunas ideas peligrosas. Abandonó sus habitaciones de la Universidad e inició una serie de incidentes que concretaron más lucha con el Gobierno. En 1932 llegó el golpe de estado y establecimiento del Directorio militar. Don Miguel comenzó a manifestar con indignación sus protestas contra lo que consideraba un artificio engañoso. El conflicto culminó con una carta que dirigió a "Nosotros" de Buenos Aires, en la cual denunciaba a don Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella.

Unamuno sufrió por decreto de deportación y confinamiento. En marzo de 1924 llegó a su destierro de la isla de Fuerteventura. Los amigos de Unamuno pedían clemencia para él, cosa que no hizo más que indignarle. Sin embargo, después de unos cuatro meses huyó a Francia bajo la protección de M. Dumey, periodista francés. En el momento que el Gobierno supo la huida del desterrado, le concedieron por

decreto la amnistía.⁵

Pasó una larga temporada en París, escribiendo en la prensa americana y colaborando en "Le Quotidien," diario dirigido por M. Dumey. Publicó L' Agonie du Christianisme y escribió "esa serie de terribles aforismos que forman su Gancionero del Destierro"⁶ Además dió un curso de conferencias en el Colegio de Francia.

En febrero de 1930, volvió Unamuno a España. La gente le recibió con entusiasmo y emoción y desde esos días hasta el presente ha sido uno de los más ardientes defensores de la República de España, aunque no ha dejado de ser también su crítico.

IV

Si Unamuno contribuye a la vida política y a la educación de España, ha prestado y presta aun mayor servicio al pensamiento y a la literatura de su país. Es por medio de lo que ha escrito y escribe que le conocemos. En sus libros se revela ese espíritu quijotesco que ha impulsado toda su vida y ha inspirado además a los que le siguen, conociéndole.

Unamuno ha sido activo en casi todos los

campos de la literatura. Ha cultivado el ensayo, la novela, la poesía y aún el teatro. Los ensayos son la base de este estudio, puesto que en aquellos se ve más específicamente las doctrinas que forman el fondo de su ideología. Es, tal vez, en el ensayo que se distingue Unamuno. Piensa González-Ruano, con muchos otros, que Unamuno es "el mejor ensayista conocido entre nosotros."⁷ No es convencional en su método. Como pensador esencialmente moderno, Unamuno estudia los problemas prácticos de la vida y de la muerte, basándolos en la lógica, y los considera, paradójicamente, "a la luz del sentimiento y de la intuición personal."⁸ Así revela el conflicto que forma la base de su pensamiento.

En la novela, Unamuno es aún menos convencional. Sus novelas son obras más de pensador que de novelista. Unamuno mismo las llama "nivolas", el cual término lo define un crítico como "una novela bufo-filosófico-patética, donde el autor se permite toda suerte de libertades técnicas, y logra un sorprendente efecto artístico."⁹ Estas obras están principalmente en forma de diálogos y soliloquios, y la descripción apenas existe. En Niebla y Amor y Pedagogía estos aspectos son característicamente aparentes. El humorismo con que Unamuno "dora la

píldora filosófica" domina en estas obras.¹⁰ De carácter más sombrío son Abel Sánchez y La Tía Tula, en que vemos el trágico conflicto del individuo con sus emociones. Paz en la Guerra, novela de tipo algo distinto, recuerda la mocedad de Unamuno en Bilbao, durante el cerco y bombardeo de esa su ciudad natal. En las páginas de estas novelas se encuentra una corriente de poesía que "a trechos sale afuera e ilumina el cuadro."¹¹ Los argumentos están expuestos de una manera fría e impassible que da la impresión de que las emociones brotan directamente del corazón de los personajes. El autor se expresa siempre con vigor, y a pesar de su naturaleza filosófica, las novelas no pierden frescura de expresión.

La poesía de Unamuno es especialmente interesante en cuanto la hace medio efectivo para expresar sus ideas filosóficas y políticas. Trasciende en la poesía de Unamuno su aspiración a lo eterno y a lo universal. Tal vez tiene razón González-Ruano cuando dice: "Ha escrito poesía religiosa, poesía satírica y bufa; ha hecho hasta ultraísmo poético, sin dejar nunca de ser Unamuno."¹² El volumen de Poesías es un libro de gran variedad. Incluye temas del campo, de la ciudad y del hogar; hay

poesías descriptivas de paisajes; hay pequeñas narraciones y meditaciones espirituales, y termina con un grupo de seis salmos. El Rosario de Sonetos Líricos contiene ciento veintiocho sonetos. El tipo métrico varía y muchas veces difiere de lo convencional. Trata una gran variedad de asuntos que incluyen el amor, la naturaleza, la sociedad y el anhelo de la gloria. El Cristo de Velázquez es una composición extensa de 2550 versos, inspirada por el cuadro maravilloso en que Unamuno ve "... ese Cristo que está siempre muriéndose sin acabar nunca de morir, para darnos vida!"¹³ En este poema se revelan interpretaciones íntimas del Cristianismo de Unamuno. La poesía de Unamuno posee elevación de pensamiento y la dignidad y vigor de expresión que dominan en sus otras obras. A menudo se descuidan rima y acento, pero al lenguaje no le falta ritmo.

En cuanto al teatro de Unamuno basta decir que es limitado y se confina a unas cuatro obras. La inspiración de sus dramas parece estar en el teatro griego, el cual Unamuno sigue fielmente aunque viste sus personajes a lo moderno. Los temas pueden compararse a los de la novela en que dominan las pasiones humanas en la lucha entre el deseo y la fatalidad.

Por medio de sus obras, Unamuno expone su filosofía fundamental. Siente toda la trágica seriedad de la vida pero ha sabido al par conservar la alegría. A Unamuno se atribuyen las virtudes de liberalidad, constancia y sencillez apoyadas en la constancia y firmeza de alma. Sus obras presentan una combinación de fantasía, sabiduría y humorismo. El autor se revela afable, pero mantiene su dignidad. En suma, es Unamuno ante todo un verdadero representante del genio español en su forma más viril: es un símbolo vivo de su país y de su tiempo.

UN QUIJOTE MODERNO CONTEMPLA AL QUIJOTE ETERNO

1. Concepto de Don Quijote. El Caballero.
2. Paralelismos en el Quijote.
3. Concepto de Sancho. El escudero. Contrastes
4. Dulcinea del Toboso.
5. Quijotismo y Cervantismo

UN QUIJOTE MODERNO CONTEMPLA AL QUIJOTE ETERNO

1. Concepto de Don Quijote. El Caballero.

"Para mí sólo nació Don Quijote y yo para él, él supo obrar y yo escribir", dice el historiador Miguel de Unamuno, nuevo Quijote, (no nuevo Cervantes) y prosigue: "Para que Cervantes contara su vida y yo la explicara y comentara, nacieron Don Quijote y Sancho, Cervantes nació para contarla... y para comentarla nací yo... No puede contar tu vida, ni puede explicarla ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino quien esté tocado de tu misma locura de no morir." ¹

Es preciso notar, a lo que Cervantes puso en el Quijote, lo vivo y lo eterno encubierto entre líneas. El caballero del libro está en el sepulcro; al darse cuenta de sus locuras renuncia a la vida que antes llevó y muere. Pero hay otro Quijote que sigue viviendo y que seguirá cometiendo eternamente cometiendo disparates. Es éste el Quijote de Unamuno y el que hemos de examinar. A nadie se le ocurriría sostener en serio, no siendo acaso el paradójico Unamuno, que Don Quijote existió e hizo todo lo que de él nos cuenta Cervantes, pero "puede y debe sostenerse que Don Quijote vivió y sigue

viviendo con una vida acaso más intensa y eficaz que si hubiera vivido al modo vulgar y corriente."²

Nos cuenta Cervantes que del poco dormir y del mucho leer se le secó la cabeza de modo que "vino a perder el juicio". Veamos la manera en que comenta Unamuno eso de perder el juicio. "Por nuestro bien lo perdió; para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual. ¿Con juicio hubiera sido tan heroico? ... creyó ser verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe tan viva, con fe engendradora de obras, que acordó poner en hecho lo que su destino le mostraba, y en puro creerlo hízolo verdad."³

He aquí algo fundamental en la filosofía de Unamuno. La fe firme conoce la verdad. Llenósele la fantasía de hermosos desatinos lo cuales le abrieron el camino al eterno renombre y fama. Dice el expositor, "Es mi razón que se burla de mi fe y la desprecia. Y aquí es donde tengo que acogerme a mi Señor Don Quijote para aprender a afrontar el ridículo y vencerlo, y un ridículo que él no conoció."⁴ No lo conoció o no quiso darse cuenta de él: era un convencido y no le importaba la opinión ajena.

El método de Unamuno tiene una interesante

manifestación en este punto. Expone sus ideas independientes de conceptos convencionales. Empezaba por refutarlos, y trata luego de "limpiar el campo de los razonamientos," para plantear después, el problema en el terreno de la vida, de modo que los lectores lo penetren. Presenta ideas nuevas, iconoclastas, a fin de que el lector derive las suyas propias. Si éstas se oponen a las suyas, no importa; por lo menos el lector ya piensa con "la inteligencia y el corazón y las entrañas todas, y no sólo con el cerebro."

Como ya se ha indicado, este aferrado ánimo brota de la fe que tenía en su filosofía: el realismo quijotesco que "convierte los molinos en gigantes, no más insano que el que hace de los gigantes molinos." Peor es, tal vez, destruir o intentar destruir la verdad de Don Quijote que luchar por ella. Y ¿qué significado tiene para el comentarista esta verdad? Es el ansia de la gloria, sed de vida inmortal. ¿Por qué peleó Don Quijote? Por Dulcinea, por la gloria, por vivir, por sobrevivir."⁵ Y si la logró fué por camino de su locura, convertida ya en lucha por la verdad moral.

La filosofía de Unamuno asimila la de Quijote. Ve en los motivos del caballero la misma sed de

eternidad que a él le aflige. Confiesa que tiembla ante la idea de tener que desprenderse de su carne, de morir, de ser olvidado. No puede apagar esta sed, como muchos, en la fuente de la fe religiosa, porque la religión ha intentado racionalizar esa fe de un modo que a Unamuno no le es dado participar. A él le parece que esa sed se satisface de una manera puramente irracional, y es así que en la locura quijotesca ve un modo de resolver el problema. Pero, como ya veremos, el buen filósofo se encuentra frente a su mayor paradoja. No puede ser ni racional ni irracional. Tiene, en realidad, tanto de cordura sanchesca como de locura quijotesca y la una no cede a la otra.

Para Unamuno, una vez lograda, no perdió a Dulcinea Don Quijote, ni aun al volverse cuerdo, es decir cuando despertando a las realidades debía necesariamente ver la ruina de ideales y de esperanza. Es aquí el filósofo consecuente con su interpretación y sin querer ver lo paradójico de ella, se resuelve a dar a la muerte de Don Quijote el carácter de una aventura más, a modo de sobrevivencia de su caballería. En efecto, el alma de Don Quijote baja a los infiernos y sube a los cielos para seguir sus andanzas como en la tierra.

"¡Pobre Don Quijote! A lindero de morir y a la luz de la muerte confiesa y declara que no fué su vida sino sueño y locura. ¡La Vida es sueño! Tal es, en resolución última, la verdad a que llega con su muerte Don Quijote."⁶ Si muere Don Quijote abominando de su llamada locura, no le queda a Unamuno más que aceptar la vida como sueño y con ella también la muerte. "Si es la muerte sueño, locura y sólo honda locura ha sido tu anhelo de inmortalidad."⁷ Pero Don Quijote ha sobrevivido.

Su muerte no era otra cosa que una última aventura caballeresca. Don Miguel nos la revela de una manera encantadora: "Murió Don Quijote y bajó a los infiernos, y entró en ellas lanza en ristre y libertó a los condenados todos... y quitando de ellos el rótulo que allí viera Dante, puso uno que decía ¡Viva la esperanza!, y escoltado por los libertados que de él se reían, se fué al cielo. Y Dios se rió paternalmente de él y esta risa divina le llenó de felicidad eterna al alma."⁸

Don Quijote se vió desde fuera, se vió cómico y se rió amargamente de sí mismo, pero pudo sobreponerse a su propia comicidad y vencerla. No se rinde "porque no es pesimista", y lucha. Cree

en la vida eterna y bien ha vindicado su fe, pues que aun vive. ¿Cuál es, según Unamuno, la misión de Don Quijote hoy en este mundo? "Clamar, clamar en el desierto. Pero el desierto oye, aunque no oigan los hombres, y un día se convertirá en selva sonora, y esa voz solitaria que va posando en el desierto como semilla dará un cedro gigantesco que con sus cien mil lenguas cantará un hosana eterno al señor de la vida y de la muerte."⁹ Así vemos como vive Don Quijote en la muerte cuando soñaba en la vida. Unamuno, con muchos, dirá, "si es la vida sueño, déjame soñarla inacabable."

2. Paralelismos en el Quijote

Se puede encontrar paralelismos notables en la vida de hombres y de pueblos. Veámoslos.

Aunque traiga poca convicción, es sumamente interesante la comparación que traza Unamuno entre Don Quijote y San Ignacio de Loyola. Más de quince años antes de escribir su comentario, Unamuno había expresado en un ensayo suyo, algo del quijotismo de San Ignacio.¹⁰ Lo desarrolla con ejemplos interesantes. Compara el parecido físico y el temperamento de los dos. Como era Don Quijote "de complexión recia", era San Ignacio "muy cálido de

complexión." Con razón se saca que los dos eran "de temperamento colérico." Y es natural que Loyola fuese del mismo temperamento que Don Quijote, porque había de ser capitán de una milicia y su arte, arte militar. Añade Unamuno que del cuerpo y de la estatura los dos tenían mucho en común.

La primera salida de Don Quijote le recuerda a Unamuno la de Loyola. "No os recuerda esta salida la de aquel otro caballero, de la milicia de Cristo, Íñigo de Loyola, que después de haber procurado en sus mocedades alcanzar fama de hombre valeroso, y honra y gloria militar, y aun en los comienzos de su conversión, cuando se disponía a ir a Italia siendo muy atormentado de la tentación de la vanagloria; y habiendo sido, antes de convertirse, "muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías," cuando comenzó a querer imitar y obrar lo que leía. Y así, una mañana, sin hacer caso de los consejos de sus hermanos, púsose en camino acompañado de dos criados, y emprendió su vida de aventuras en Cristo!"¹¹ La única razón que dió para justificar su salida fué que quería seguir el camino de los Santos que él había tomado como ejemplo. Se citan, en la vida de los dos caballeros, ejemplos que ilustran la manera tenaz en que seguían su camino

a pesar de enfermedades o impedimentos de cualquier naturaleza. "También Iñigo de Loyola se esforzaba por vivir en verdadero caballero andante a lo divino, tornando, apenas salía de enfermedades, a sus acostumbradas asperezas de la vida."¹²

El episodio en que se puso Don Quijote a velar las armas en el patio de la venta, tiene su paralelismo en la vida de San Ignacio. "Y aquella vela de armas ¿no os recuerda la del caballero andante de Cristo, la de Iñigo de Loyola? También Iñigo, la víspera de la Natividad de 1522, veló sus armas ante el altar de nuestra Señora de Monserrate."¹³ Sigue citando este incidente como lo narra el P. Rivadeneira.

Se nos cuenta que Don Quijote "siguió el camino que a Rocinante le placía, pues todos ellos llevan a la eternidad de la fama cuando el pecho alberga esforzando empeño. También Iñigo de Loyola, cuando partió de Monserrate, se separó del moro con quien había disputado, y determinó dejar a la cabalgadura en que iba la elección de camino y de porvenir." Y, según el padre Rivadeneira, el caballo le llevó "por el camino que era más apropósito para Ignacio."¹⁴ De Rocinante se puede afirmar lo mismo. Los pasos del caballo llevaron a Don Quijote por un camino

que le presentó constantemente aventuras sin cuento y gloria; como a San Ignacio el suyo.

También tuvo Loyola visiones de gigantes y demonios que quisieron ahogarle, según se nos cuenta en un capítulo de su vida.¹⁵ Otras semejanzas se citan, pero bastan éstas, puesto que la comparación parece de más interés y curiosidad que de importancia. Aunque parezcan a veces sorprendentes los paralelismos, no tienen bastante fuerza para ser aceptados sin reserva. Los dos son perfectos caballeros andantes a su modo, y no es extraño que se encuentren, en los dos, cualidades y aventuras análogas. El paralelismo, traído por síntesis, es forzado; la analogía, que no es difícil de encontrar, está en la síntesis de incidentes aislados que tienen en común dos hombres, y aunque fuese más exacto aún el paralelo, no se podría deducir mucho de ello. Podemos estar casi seguros de que no pensaba Cervantes en San Ignacio cuando trazó la figura del último caballero andante, caricatura del dechado de perfecciones, Amadís de Gaula. La comparación de Unamuno es suya: en efecto, hizo la parodia burlesca. Se burló del caballero, interpretación condicionada a su ideología.

Don Quijote es, para Unamuno, más que un

reflejo de figura solitaria, única; hay en él una representación simbólica del pueblo español, y tiene además un aspecto universal que merece considerarse. Cervantes no tuvo en mente, tal vez, esos paralelismos, pero su Don Quijote se revela como hombre de su pueblo primeramente, y también y a la vez hombre del mundo.

Al considerar a Don Quijote desde el punto de vista español, Unamuno revela una paradoja eminentemente suya: Don Quijote y España se atraen y, a la vez, se repelen. España parece ser el país más quijotesco y, a la vez, el menos quijotesco del mundo.

Cuando Unamuno habla de la "buena filosofía" de Don Quijote, dice que era, "como es natural... la castellana"¹⁶ La filosofía que expone en ese párrafo es "quijotesca"; es la que "procede de dentro a fuera... que convierte los molinos en gigantes." En uno de sus primeros ensayos, nota Unamuno esta analogía: "De todas las figuras sensibles en que se nos revela aquel pueblo con su grandeza y su locura, donde más grande le vemos, ... es en aquel relato divino del último capítulo en que, despojado de héroe, muere Alonso Quijano el bueno en el esplendor inmortal de su

bondad".¹⁷ No sólo una vez, sino varias, menciona la muerte de Don Quijote al tratar de la gente española. "De puro español y por su hermosa muerte sobre todo, pertenece Don Quijote al mundo."¹⁸

Hermosa o no, su muerte es típica de un rasgo. Tradicional y característico del español es el incidente final de la vida aventurera del caballero. La vida es sueño, dícese, pero el español no se satisface con soñarla; tiene que despertar de vez en cuando para mirar en su redor. Despierta violentamente, mira y reconoce la realidad y después, como Don Quijote, se vuelve al sueño. La comparación de Unamuno es interesante: "Tendido Don Quijote en tierra se acogió a uno de los pasos de sus libros... y comenzó a revolcarse por tierra y recitar coplas. En lo cual debemos ver algo así como deleitación en la derrota y un

convertir a ésta en sustancia caballeresca.

¿No nos está pasando lo mismo en España? ¿No nos deleitamos en nuestra derrota y sentimos cierto gusto como el de los convalescentes en la propia enfermedad?"¹⁹ Unamuno olvida aquí la historia en su afán de generalizar. Hay sacudidas en el pueblo español que contradicen la opinión tradicional de apatía, que acoge este escritor, como muchos otros.

Unamuno ve la fuerza de la verdad de Don Quijote en lo que llama su alma "castellana y humana."²⁰ Humana, porque no pertenece a un hombre solo sino a todos. Castellana, porque siente en el alma Don Quijote esta lucha, este sentimiento trágico de la vida que hace y destruye la paz de hombres y de pueblos. Aparécese a Unamuno la filosofía en el alma de su pueblo como una tragedia análoga a la tragedia del alma de Don Quijote, "como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea."²¹

Si es Don Quijote tan español, sería de esperar que su pueblo le conociese y aceptase, pero no ha sucedido así. "Puede asegurarse que es España una de las naciones en que menos se lee el Quijote, y desde luego es aquella en que peor se le lee."²² Si en él se viese reflejado, el pueblo cerraría los ojos o querría romper el espejo. En efecto, huye de la verdad que es amarga a sus ojos sanchescos o a sus emociones. Dice bien Unamuno: aún no ha empezado el reinado de Don Quijote en España.²³

El comentador ve que Don Quijote, como Jesús, es incomprendido. Es porque España es

pueblo de extremos, y si se sale del realismo sancho-pancesco, es "para dar en quijotesco idealismo".²⁴

Pero el aspecto más interesante de la vida de Don Quijote es lo que tiene de universal. Es arbitrario considerar al caballero como representante de un solo pueblo o de un movimiento aislado. El quijotismo tiene dimensiones más amplias, se ha extendido por todo el mundo. Hay en cada hombre algo de Quijote, y en Don Quijote algo que se encuentra en todo hombre. Don Quijote es el alma colectiva individualizada; "el prototipo...espiritual del pueblo."²⁵

Don Quijote vive, como todo ser humano, de ilusiones, de ideales, de aspiraciones; algunas se realizan, otras fracasan. El fin es siempre el desengaño. La vida de Don Quijote es lucha por inmortalidad. El caballero es "una figura en que se ve todo lo profundamente trágico de la comedia humana."²⁶

Al considerar la locura quijotesca, con Unamuno preguntamos al caballero, "Si fué sueño y vanidad tu locura, qué sino sueño y vanidad es todo heroísmo humano, todo esfuerzo en pro del bien del prójimo, toda ayuda a los menesterosos

y toda guerra a los opresores?"²⁷ Así como fracasó el bien de Don Quijote, ha fracasado el bien humano, y fracasará.

Pero ¿cuál es la importancia de una filosofía extraída de la vida del caballero? "¿Qué ha dejado a la cultura Don Quijote? Y diré! el qui-jotismo!, y no es poco. Todo un método, toda una estética, toda una ética, toda una religión sobre todo, es decir, toda una economía a lo eterno y lo divino, toda una esperanza en lo absurdo racional."²⁸ Es aun más que esperanza, es una pasión que evoca necesariamente la burla del racionalista. "La tragedia humana, intra-humana" a la cual ya nos hemos referido es esa del mundo quijotesco puesto en ridículo por los Duques ciegos. Unamuno la compara con "la tragedia de Cristo, la tragedia divina, que es la de la cruz."²⁹

Pero Don Quijote supo afrontar el ridículo y la humanidad no. Quisiera lanzarse contra los gigantes de su imaginación, pero con sus ojos sólo ve molinos de viento: quisiera apagar su sed de inmortalidad pero la razón le contiene, se lo impide. Es preciso ceder o al deseo o a la razón en oposición, y de esta lucha brota efectivamente el sentimiento universal trágico

del cual hablaremos más adelante.

¿Hay manera de reconciliar estas dos fuerzas? Contrastándolas en la vida de Don Quijote y de Sancho se percibe la posibilidad de dirigirlas, al fin, hasta un punto de contacto común en el cual los dos se funden. Hemos hablado ya del caballero, pero sin contrastarle con el escudero; no es forzoso ahora examinar a Sancho y el sanchismo.

3. Concepto de Sancho. El escudero. Contrastes

Sabemos que al emprender la segunda salida, Don Quijote solicitó los servicios de un labrador vecino suyo, "hombre de bien, pero de muy poca sal en la mullera", según cuenta Cervantes. El comentador ve al instante un contrasentido y no quiere aceptar eso. "En rigor no cabe hombría de bien, verdadera hombría de bien no habiendo sal en la mullera, visto que en realidad ningún majadero es bueno."³⁰ La ironía de Cervantes escapa al filósofo en este punto. Habría que ver lo que considera Unamuno hombría de bien. Nietzsche diría "sólo el majadero es bueno", y Cervantes no parece muy lejos de pensarlo. La verdad es que Sancho ha de representar la razón en la acepción popular de la palabra, el sentido común. No sería posible seguir en adelante sin Sancho. "Ya está completado Don Quijote. Necesitaba a Sancho. Necesitábalo para hablar, esto es, para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo y oír el rechazo vivo de su voz en el mundo. Sancho fué su coro, la humanidad toda para él. Y en cabeza de Sancho ama a la humanidad toda."³¹ Es Sancho, pues, indispensable al progreso espiritual

de Don Quijote y consecuentemente del quijotismo.

Indudablemente sólo la codicia pudo sacar a Sancho de su casa, pero hemos de notar con Unamuno lo curioso de la transformación. La codicia de Sancho "no dejaba de tener, aun sin él saberlo, su fondo de ambición que ... hizo que la sed de oro se le trasformase al cabo en sed de fama."³² Pero sed de oro o sed de fama, es, en el fondo, una misma necesidad en Sancho; en su mente van juntos oro y fama. No en Don Quijote, idealista.

Va cambiando, para Unamuno, el escudero. Le ve ahora como complemento necesario de Don Quijote. No pueden obrar el uno sin el otro. Sancho ha menester de Don Quijote tanto como éste de él. "Ay, no muera vuesa merced!" grita Sancho, sabiendo que con perder a su amo pierde todo.

El ideal tiene, o debe tener su apoyo en la razón, y ésta no tiene fuerza sin aquella. "Nuestro señor Don Quijote es el ejemplar del vitalista cuya fe se basa en incertidumbre, y Sancho lo es del racionalista que duda de su razón."³³

Pero al fin y al cabo el materialismo de Sancho no está muy lejos del idealismo de su amo, puesto que los dos se basan sobre la fe. "Entre Sancho y su amo no media tanta distancia como

parece, porque de tomar los molinos por gigantes, a soñar con el gobierno de la ínsula no va más que un solo paso hacia abajo."³⁴ No puede pasarse el caballero de descender al grosero materialismo sanchesco de vez en cuando, y se excusa explicando a su escudero que los caballeros andantes no podían "pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales," revelándonos así una verdad cimental y de grandísimo consuelo para los que no saben como vivir su locurs, y es la de que los caballeros andantes eran hombres como nosotros.³⁵

Sancho vino a darse cuenta de que la vida racionalista y materialista no era la ideal y perfecta. Es de recordar el incidente en que pidió Sancho su salario. Don Quijote quiso saldar cuentas y despedirle llamándole asno, "al oír lo cual rompió a llorar el pobre escudero y confesó que para ser asno del todo no le faltaba sino la cola. Y le perdonó el magnánimo caballero, mandándole procurara ensanchar el corazón."

Sabemos que en una ocasión confesó Sancho a la Duquesa que tenía a Don Quijote por loco, y puesto que él, sabiéndolo, le servía y le seguía al caballero, sin duda debía de ser más loco que su amo. El comentador parece dudar de la sinceridad

dad del escudero en esta ocasión. "Pero ven acá, pobre Sancho, ven y dinos lo crees de veras así? Y aun creyéndolo no sientes que es mejor para tu fama y tu salud eterna seguir al loco generoso que no a un cuerdo mezquino? ¿No dijiste hace poco ... que hay que juntarse a los buenos, por locos que ellos sean, y que habías de ser otro como él, como tu amo?"³⁶

Así como Sancho sigue fielmente a Don Quijote por convicción, vemos que a éste le hace falta el apoyo y compañía de aquél. Cuando parte Sancho para el gobierno de la ínsula, Don Quijote siente soledad. Y así hubo de ser "si Sancho era el linaje humano y en cabeza de Sancho amaba a los hombres todos."³⁷ "Sin Sancho Don Quijote no es Don Quijote, y necesita el amo más del escudero que el escudero del amo. Porque los vulgares, los rutineros, los Sanchos pueden vivir sin caballeros andantes pero el caballero andante ¿cómo vivirá sin pueblo?"³⁸

Al dejar el gobierno que le había parecido ser el fin de todos sus trabajos, y volverse a su amo, se parece más que nunca Sancho a Don Quijote. "Puedes hombrearte con tu Don Quijote y decir como él y con él: ¡yo sé quien soy! Eres héroe como él,

tan héroe como él."³⁹

Volvieron juntos los dos a su aldea, y pronto se murió Don Quijote. Pero no murió el quijotismo. Sancho que imploraba a su amo que no muriera al fin ha enloquecido. "Es Sancho, es tu fiel Sancho, es Sancho el bueno, el que enloqueció cuando tu curabas de tu lècura en tu lecho de muerte, el Sancho el que ha de asentar para siempre el quijotismo sobre la tierra de los hombres."⁴⁰

Don Quijote ha de resucitar. "Hay quien cree que resucitó al tercer día y volverá cuando Sancho se lance a hacer de Don Quijote. Y su amo vendrá entonces y encarnará en él."⁴¹ ¿Se realizará el ensueño quijotesco cuando el bueno de Sancho monte en Rocinante, revestido con las armas de su amo y embrace su lanza? Es Unamuno quien lo piensa, mas el sueña es improbable, es imposible.

Los dos juntos, sin poder obrar el uno sin el otro, se marcharon juntos, mezclados pero no fundidos; si se fundieran en uno, "¡qué portentoso espíritu no surgiría de tan sublime fusión! No sería ya un hombre sino un dios."⁴²

Otra vez es paradójico Unamuno. Según éste

es Sancho, a la vez, la antítesis y el complemento de Don Quijote. El uno no puede vivir con el otro ni sin el otro. Representan, según el comentarista, la lucha eterna entre la razón y el sentimiento. Pero quiere Unamuno ver a un escudero convertido al fin en caballero, sucesor de su amo: ¿el sentimiento racionalizado? Don Quijote no puede reencarnar en Sancho, si ambos son antítesis.

La inspiración de Don Quijote es Dulcinea: por ser suya, por ser inspiración, y no por ser Dulcinea del Toboso, merece considerarse.

4. Dulcinea del Toboso.

Al decidirse a salir en busca de aventuras, buscó Don Quijote dama de quien enamorarse. "Y en la imagen de Aldonza Lorenzo, moza labradora... encarnó la Gloria, y la llamó Dulcinea de Toboso."⁴³

Como bien sabemos, no fué esa dama de las que generalmente inspiran a los hombres, pero si fué posible mirarla con los ojos de Don Quijote todo el mundo se enamoraría de ella. Pero no es una mujer sola; es el espíritu de todas las mujeres, de todo lo hermoso en la mujer. Entre las primeras personas con que topó Don Quijote en su carrera fueron dos ramera, y la visión de Dulcinea las idealizó. "La limpieza de Dulcinea las cubre y limpia a los ojos de Don Quijote."⁴⁴ Fué Dulcinea el poder redentor de su locura. Desde el principio Don Quijote encarna toda la fe, toda una visión que revela cosas invisibles y oculta aquello que no se quiere ver. Es de notar que el caballero exigió a los pecadores así como a los redentos que se presentasen a Dulcinea.

Este amor, según Don Quijote, era indispensable, y el que estuviese sin él "no será tenido

por caballero legítimo, sino por bastardo." Y el amor de Don Quijote fué el más grande pues que en él predomina el ansia de inmortalidad, el sentimiento más universalmente humano.

"Ansia de inmortalidad nos lleva a amar a la mujer, y así fué como Don Quijote juntó en Dulcinea a la Gloria, y ya que no pudiera perpetuarse por ella en hijos de carne, buscó eternizarse por ella en hazañas de espíritu... Engendró en Dulcinea hijos espirituales duraderos."⁴⁸

Sigue Unamuno dando pruebas de que fué el amor de Don Quijote el más acabado y perfecto que se puede imaginar. Entregóse a Dulcinea sin pretender que ella se le entregara. "Don Quijote no se fué de galán al Toboso a cortejarla y enamorarla, sino que se echó al mundo a conquistarlo para ella."⁴⁶ Así vemos que al fin y al cabo acierta en estos sus amores. No le corresponde Dulcinea, pero sí la Gloria.

La más íntima esencia del quijotismo está, tal vez, en estos "sabrosos razonamientos" entre Don Quijote y su escudero acerca del encuentro de éste con Dulcinea. Los dos puntos de vista están contrastados. Sancho se abisma en su

carácter apicarado mientras su amo prueba con su fe la falsedad de todas sus impresiones. Ha podido convertir con ell en hermosura la fealdad.

No mintió sin duda Sancho al afirmar que olía Dulcinea a hombruno, porque se olía a sí mismo. "Aquellos a quienes el mundo sólo les huele a materia es que se huelen a sí mismos." Está bien seguro Don Quijote de la belleza, de su Dulcinea. Nadie puede engañarle porque él ve, y los otros son ciegos.

El más importante personaje del Quijote es Dulcinea, y la menos importante, Aldonza Lorenzo. Hay, pues, dos mundos: el uno en que viven y agonizan Alonzo Quijano, Aldonza Lorenzo, el labrador Sancho Panza y los bachilleres Carrasco; y el otro en que sueñan eternamente la vida Don Quijote, Dulcinea y Don Sancho el Bueno, y el sinnúmero de hadas, gigantes y aún ejércitos que se convierten en corderos, por obra de encantamiento.

Dulcinea apenas aparece en el Quijote, pero está eternamente presente. Sin verla la sentimos. En efecto, no podía luchar Don Quijote de manera tan valiente y osada sin tener enfrente la visión de su belleza. Le despreciaba, le rechazaba, pero

ganó. Es Dulcinea la inmortalidad, mas ¿puede negársele a Don Quijote su ser inmortal?

5. Quijotismo y Cervantismo

A Unamuno parece haberle interesado mucho el problema del quijotismo opuesto al cervantismo. En su muy discutido ensayo Sobre la lectura e interpretación del Quijote, ha formado opiniones muy determinadas de las cuales habla con toda franqueza. "Aunque don Quijote saliese del ingenio de Cervantes, Don Quijote es inmensamente superior a Cervantes. Y es que, en rigor, no puede decirse que fuese Don Quijote hijo de Cervantes."⁴⁷

Por lo menos no se puede decir que de Cervantes haya sacado mucho. Si se reconoce a Cervantes por padre suyo, no se puede dejar de considerar que "fué su madre el pueblo en que vivió y de que vivió Cervantes, y que Don Quijote tiene mucho más de su madre que no de su padre."⁴⁸ Cervantes sacó a su héroe del alma de su pueblo y del alma de la humanidad toda y "en su inmortal libro se lo devolvió a su pueblo y a toda la humanidad."⁴⁹

Suele decirse que Cervantes no sabía la vida que daba a Don Quijote al escribir sus hazañas, como tampoco tenía idea de que su novela

podiera llegar a ser más grande que él.

A Don Miguel, el quijotista, no le basta decir que la novela es superior a su autor; se atreve a afirmar con certeza que Cervantes es un autor enórmemente inferior a su Quijote. Es interesantísimo, y discutible lo que dice: "Si Cervantes no hubiera escrito el Quijote, cuya luz resplandeciente baña a sus demás obras, apenas figuraría en nuestra historia literaria sino como ingenio de quinta, sexta o decimatercia fila. Nadie leería sus insípidas Novelas Ejemplares, así como nadie lee su insoportable Viaje al Parnaso, o su teatro. Las novelas y digresiones mismas que figuran en el Quijote, como aquella impertinentísima novela de El Curioso impertinente, no merecería la atención de las gentes."⁵⁰

Si al comentador se me permitiese comentar, me atrevería a expresar la opinión de que, además de ser quijotista, parece ser anti-cervantista. No ofrece, sin embargo, pruebas, y se limita a presentarnos su quijotismo. Según él todo consiste en separar a Cervantes del Quijote y "hacer que a la plaga de los cervantófilos o cervantistas sustituya la plaga de los quijotistas. Nos falta quijotismo tanto cuanto nos sobra cervantismo."⁵¹

Y el quijotismo ha acertado, según el señor Unamuno. En su concepto el caballero ha tendido un triunfo más grande que cualquiera de los que le atribuyó su creador. Ha resucitado a pesar de los esfuerzos del autor y ha llegado a alturas que jamás le permitiría Cervantes. Para Unamuno, el moderno, Cervantes es un representante del espíritu del pasado y él ha de empeñarse en seguir a Don Quijote, ejemplo del progreso eterno.

Según Unamuno es Cervantes el que más ha obstaculizado el progreso de su héroe después de traerle al mundo. "No nos quepa duda sino de que, en caso de volver Cervantes al mundo, se haría cervantista y no quijotista. Pues basta leer atentamente el Quijote para observar que cada vez que el bueno de Cervantes se introduce en el relato y se mete a hacer consideraciones por su parte, es para decir alguna impertinencia o juzgar malévola y maliciosamente a su héroe."⁵² Palabras duras, aunque tal vez bien fundadas, son esas. No me atrevo a agregar más.

Así como luchaba Don Quijote por Dulcinea, luchará Unamuno por Don Quijote. Está esperando mejores días en que serán mejor comprendidos Don Quijote y Sancho. Y estos días llegarán,

"sobre todo si los quijotistas nos proponemos
quijotéscamente derrotar a los cervantistas."⁵³

Con esa locura quijotesca que desdeña el
cientifismo lógico hace una salida literaria el
nuevo Quijote. Prefiere soñar la vida e ignorar
lo racional y real. Ataca a los que se consideran
intelectuales así como ataca a Cervantes, viendo
en él, no un autor grande, sino un ser absurdo
que se empeña en derrotar a su héroe, a su Quijote.
Y por eso defiende a Don Quijote. Está tocado
verdaderamente de la "locura de no morir" de Don
Quijote, y ve su salvación en que el caballero
interceda en favor suyo, para que Dulcinea le
"lleve de su mano a la inmortalidad del nombre
y de la fama."⁵⁴

El ideal quijotesco viene a ser el ideal
unamunesco. Al comentar la vida de Don Quijote,
Unamuno exhorta a sus compatriotas a emular las
cualidades quijotescas de la fe y el valor. La
fe, aunque sea fe en una ilusión, debe apoyarse
en una convicción que desprecie los criterios
convencionales del "sentido común" y de la razón
que al fin y al cabo resuelven poco. La lucha,
porque precisa alcanzar a Dulcinea, que es la
inmortalidad y la gloria.

EL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA

En su serie de ensayos titulado Del Sentimiento Trágico de la Vida, Unamuno nos presenta lo más típico de su filosofía. Aquí expone y explica el conflicto individual y universal del hombre con la vida y nos hace ver la manera en que está reflejada esa lucha en su propia conciencia.

Al principio nos habla del hombre de carne y hueso. Este hombre que es "sujeto y supremo objeto, a la vez, de toda filosofía," es un ser concreto, sustancial y unitario. Es el hombre que nace, sufre, y aunque no quiere morir muere; es un fin en sí mismo, no sólo un medio; ha de ser lo que es y no otro; busca, en la vida, lo que llamamos la felicidad. No cree Unamuno que es un ser racional. Al contrario, lo que le domina es la conciencia, "un mal que no tienen los insectos ni los animales más bajos." Aquí, pues, está lo que le distingue. "...Es un ser afectivo o sentimental."¹ Dice Unamuno que más veces ha visto razonar a un gato que no reír o llorar.

Junto a la conciencia y como característica

general está el anhelo de no morir nunca. En la vida de algunos, como Spinoza, este anhelo llega a ser una enfermedad incurable. El pobre filósofo holandés no pudo llegar a creer en su propia inmortalidad personal. Su falta de fe no le permitía creer lo que quería. "Le dolía Dios", dice Unamuno.²

Lo más importante, lo que determina a un hombre es un principio de unidad y de continuidad. Hay que conservar, sobre todo, el yo individual. El romper esa unidad y esa continuidad, el "hacerse otro" es dejar de ser. Puede ser que el hombre haya venido al mundo para realizar algún fin social, pero Unamuno, con muchos otros, siente que ha venido a realizarse, a vivir. El mundo se hace, pues, para la conciencia, para cada conciencia. "Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia".³

Hay, por supuesto, un fondo de contradicción en este anhelo de la vida inacabable, frente a lo que dice la razón. Unamuno, filósofo de contradicciones, lo admite, diciendo que es su corazón que dice sí, y su cabeza que dice no. Pero puesto

que la vida llega a ser perpetua lucha trágica, sin victoria ni esperanza de ella, vivimos de contradicciones.

A todos nos falta algo; sólo que unos lo sienten y otros no. Sobre este sentimiento de falta basamos una filosofía, una concepción de la vida y del universo. Este sentimiento pueden tenerlo, no sólo hombres individuales, sino pueblos enteros. Entre los hombres de carne y hueso el autor recuerda ejemplares típicos de esos que tienen el sentimiento trágico de la vida. Merecen mencionarse Marco Aurelio, San Agustín, Pascal, Rousseau, René, Obermann, Leopardi, Vigny, Kleist, Amiel, y Kierkegaard.

El deseo de perpetuarse es un elemento fundamental de esta filosofía. Uno de los apoyos más importantes en la vida del individuo es el instinto de conservación. Puesto que el individuo no vive solo, sino que es miembro de la sociedad, "la sociedad debe su ser y su mantenimiento" al instinto de perpetuación de cada hombre que la compone. De este instinto en la sociedad colectiva, brota la razón por medio de la cual tantos tratan de satisfacer sus anhelos. Pero hay dos mundos, el sensible y el ideal. "¿Quién nos dice

que no haya un mundo invisible e intangible, percibido por el sentido íntimo que vive al servicio del instinto de la perpetuación?"⁴ De este mundo, según Unamuno, brota la mayor esperanza. De lo que muchos llaman fantasía o imaginación, nace un sentimiento íntimo que "nos revela la inmortalidad del alma y a Dios."⁵ Es Dios, pues, un producto social puesto que estas creaciones del mundo ideal son productos eminentemente sociales. Llegamos al concepto de la divinidad por medio de la filosofía, y, según Unamuno, nos es forzoso filosofar. Filosofamos, o para buscar alguna finalidad en la vida, o para resignarnos a ella, o, tal vez, para divertirnos. Nos preguntamos de dónde venimos y de dónde viene el mundo en que vivimos. Queremos saber adónde vamos y adónde va cuanto nos rodea. Hay que librarse del materialismo, lo fundamental de la vida; es preciso libertarse de la idea de "la embrutecedora necesidad de tener que sostenerse materialmente." Por otra parte, lo material y lo espiritual están íntimamente relacionados en cuanto queremos saber de dónde venimos, para mejor averiguar adónde vamos.

Del conflicto entre vida y razón surge el

sentimiento trágico de la vida. "Porque vivir es una cosa y conocer otra y ... hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional... y todo lo racional, anti-vital."⁶

Hemos llegado, o más bien vuelto, al punto de partida, no solamente del sentimiento trágico de la vida, sino de toda filosofía. Es el amor propio y el ansia de inmortalidad. Merece examinarse, tal vez, para determinar su exacta naturaleza.

No podemos considerarnos como no existiendo; cada cual quiere eternizarse. De este deseo brota el amor, puesto que quien a otro ama quiere eternizarse en él. "Lo que no es eterno tampoco es real", dice con ferviente convicción el autor.⁷

Con esta sed de ser sin término, el hombre busca a Dios y se eterniza también en El. Ama a Dios, quiere ser como Dios, y, al fin y al cabo, quiere ser Dios. "Este culto ... a la inmortalidad inicia y conserva a las religiones."⁸ Hay algunos que caracterizan este sentimiento como enfermedad, pero, según Unamuno, el hombre es un animal esencialmente enfermo, y la única salud posible es la muerte.— Esto es una paradoja más, puesto que

sigue diciendo que es esa enfermedad el manantial de toda salud poderosa. Así ha de ser, sin embargo, pues nadie siente placer contemplando una absoluta inconciencia después de la muerte. Si hubiera de suceder así, entonces no es la vida más que "una fatídica procesión de fantasmas que van de la nada a la nada."⁹

El autor confiesa que se considera el centro de su universo y niega el egoismo de tal punto de vista. La manera en que lo justifica resulta algo obscura y no muy convincente. Dice: "nada hay más universal que lo individual, pues lo que es de cada uno, lo es de todos,"¹⁰ Sigue diciendo que el individuo vale más que la humanidad entera, e implica que todos han de conformar con lo que exige el individuo, en vez de conformar a éste con los requisitos del grupo. Es algo difícil de concebir este estado de que habla Unamuno, que es, en esencia, un retorno al individualismo preromántico.

La idea de despojarse de la carne le parece espantosa a Unamuno. Vuelve los ojos hasta el cielo con la esperanza de que Dios no permita que suceda así. No quiere escuchar las voces que le dicen que se engaña. Quiere vivir, y aún

si la vida es sueño, no permitirá que nadie le despierte. Descubre en el anhelo de inmortalidad la "sustancia" de su alma y el mayor sostén que en la vida tiene. No se somete a la razón. Al contrario se gobierna por la fe con la cual crea a Dios. No se resigna a la muerte final como los a quienes llama "débiles". En "los fuertes", es más poderoso el ansia de perpetuación que la duda de lograrlo. Así como trabajan todos para vivir, trabajan también algunos para sobrevivir.

Esta sed de eternidad la tienen todos y tratan de apagarla de varias maneras. Muchos, "los sencillos sobre todo", acuden a la fuente religiosa y salen satisfechos. Otros, como Unamuno, no pueden resolver así el problema. El catolicismo tiene como fin el proteger esa fe, pero a los que piensan, su método no les satisface. El catolicismo ha querido racionalizar esa fe, pero así pierde su fuerza.

El autor señala la manera en que el cristianismo brotó de "la confluencia de dos grandes corrientes espirituales, la una judaica y la otra helénica. "El Dios judaico se personalizó y universalizó en los profetas. Esta fe en un Dios personal trajo consigo la fe en la divinidad y la

eternización del hombre. La cultura helénica dió forma teológica a la muerte, descubriendo así la sed de inmortalidad. Finalmente, la muerte de Cristo que fué la "suprema revelación de la muerte", la del hombre perfecto que murió y después resucitó.

Al contemplar el punto de vista católico, el autor queda disgustado. El catolicismo exige conformidad absoluta con las doctrinas ortodoxas. El verdadero pecado, según esas doctrinas es el del hereje, "el de pensar por cuenta propia". Dice Unamuno: "Ya se ha visto en nuestra España, que quiere ser liberal, eso es, hereje, es peor que ser asesino, ladrón o adúltero."¹¹ Es un pecado muy grave no obedecer a la Iglesia infalible.

Lo que no quiere conceder el catolicismo es que la fe necesita más apoyo que la tradición y la autoridad. Busca, aun sin desear, el apoyo de "su enemiga" la razón. Así, existe un conflicto dentro de la fe religiosa. El catolicismo oscila entre "ciencia religionizada y religión cientificada." Puesto que ni la fantasía ni la razón se dejaban vencer del todo, la dogmática católica se hizo "un sistema de contradicciones, mejor o peor concordadas".¹²

Procede Unamuno a la solución, o más bien, la disolución racional. Hay que notar su interpretación del racionalismo como esencialmente materialista. Y lo que llamamos materialismo no difiere, en concepto del autor, de la doctrina que niega la inmortalidad y rechaza la idea de la persistencia de una conciencia personal después de la muerte. Hay otro materialismo, sin embargo, que busca la sustancialidad en el alma, "para apoyar la fe en su persistencia después de separada del cuerpo."¹³ El sacramento de la Eucaristía, por ejemplo, puede interpretarse como un elemento material de la mística.

Vemos lo ineficaces que son los esfuerzos para sustantivar la fe en la inmortalidad. En primer lugar, esos esfuerzos no pueden menos que fracasar, porque no podemos examinar el alma desde el punto de vista de la realidad objetiva. En segundo lugar, la inmortalidad "que apetecemos" es una cosa enteramente irracional. La única clase de alma que puede concebir la razón, está unida al cuerpo y lo dirige. Tiene, pues, funciones que aun los idealistas consideran absurda. El alma, sufriendo una interpretación racional,

llega a ser un conjunto de confusiones.

El autor nos muestra la futilidad de un concepto panteísta. Esta doctrina afirma que todo es Dios, y que al morir volvemos a Dios y seguimos en El. Si aceptamos eso, nada valen nuestros anhelos. Si volvemos, al morir, donde estábamos antes de nacer, el alma, la conciencia están sujetas a perecer. Puesto que el panteísmo no nos da un Dios personal que garantice nuestra inmortalidad, "el panteísmo no es sino un ateísmo disfrazado."¹⁴

Cualquiera que sea la interpretación, la razón se pone enfrente del anhelo de inmortalidad. Dice Unamuno que en rigor la razón es enemiga de la vida. "Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. ¿Y la verdad? ¿Se vive o se comprende?"¹⁵

Desde tiempos muy antiguos se ha tratado de buscar en la verdad racional un consuelo. Se ha tratado de encontrar motivos de obrar e inspiración en la vida aunque la conciencia estuviera destinada a desaparecer. La ciencia y la razón han fracasado siempre en cuanto concentraban sus fuerzas en el problema de la vida. Lejos de satisfacer la sed de inmortalidad, estas fuerzas la contradicen y nos quitan toda esperanza. La

razón no nos presenta una solución sino una disolución.

Vemos que ni el anhelo de inmortalidad halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da consuelo y finalidad a la vida. De ahí que muchas veces nos hallemos en el fondo de un abismo en que la desesperación del sentimiento se encuentra frente a frente con el escepticismo racional. "Y se abrazan como hermanos", dice Unamuno. Es un abrazo trágico, sin embargo, puesto que los dos no pueden fundirse.

Hay solamente una esperanza. Con el escepticismo viene la incertidumbre; como resultado de un análisis sobre sí misma, la razón empieza a dudar de su propia validez. Cuando la razón empieza a dudar, el sentimiento vital se afirma.

El autor concede la irracionalidad de la fe, pero advierte que fe, vida y razón se necesitan mutuamente. Razón y fe tienen que apoyarse una en otra y asociarse, aunque sea en lucha. Esto se explica por cuanto la fe no se puede sostener sin la razón que la hace palpable y consciente. La razón, por otra parte, exige el sostén de una fe en que aquella tenga aplicación vital, que sirva para algo más que para conocer. Las dos se

necesitan, una a otra, pero como la filosofía y la religión, que son interdependientes, se contradicen y son enemigas. Resulta de ahí que la "trágica historia del pensamiento humano", es una lucha entre la razón y la vida, la una empeñada en hacer resignarse a la otra. Pero ni la vida ni la razón se darán por vencidas nunca. En efecto, afirma el autor que "la consecuencia vital del racionalismo sería el suicidio".¹⁶ A los que opinan que la vida debe someterse a la razón, contesta Unamuno que nadie debe lo que no puede. El fin de la vida es vivir y no lo es comprender.

Con razón, sin razón o contra ella, el autor no quiere morir; en efecto sostiene que no se dejará morir, aunque le mate el destino humano. Busca apoyo en la fe, en lo que siente. Y lo que siente es, para él, tan verdad como lo que ve, toca y oye, y, tal vez, más verdad aún; y con su sinceridad característica se empeña en expresar libremente sus sentimientos.

Hay que considerar la importancia del amor en cuanto a sentimiento trágico que sufren tantos. El amor busca algo en el amado "que está allende éste, y como no lo halla, se desespera."¹⁷ Se

satisface por medio de la perpetuación. Por el amor buscamos perpetuarnos, entregando a otros nuestra vida. Así, nos eternizamos, y a la vez eternizamos a nuestros amados. Del amor generador, del amor de la carne, surge el amor espiritual, por medio del dolor y del sufrimiento. En efecto, el autor cree que los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor. En la común miseria, los hombres se compadecen y se aman.

El hombre quiere ser amado; a lo menos quiere ser compadecido; quiere compartir con otro sus penas y sus dolores. También desea amar y ama. Cuando se ama, existe la tendencia a personalizar. A veces es el amor tan grande que se ama Todo. Este Todo viene a personalizarse, y entonces sufre, compadece, y ama. Al dar conciencia a un Universo que amamos, hemos descubierto a Dios. El amor y la compasión recíproca de Dios y los hombres es una de las maneras de evitar esa desesperación que a tantos arrebató. Se ha personalizado el Todo para salvarse de la Nada. Así como Dios ha hecho el Universo, se puede decir que el alma ha hecho nuestro cuerpo. "Si es que hay alma"

añade Unamuno. Pudiera haber añadido también, "Si es que hay Dios".

Una concepción racional de Dios sería en sí misma contradictoria. Primero hemos de amar a Dios y querer que exista. Nace del deseo que exista y del amor. La razón no prueba la existencia de Dios, pero tampoco puede probar que no existe. Necesitamos a Dios porque sin El es un contrasentido el amor. Le necesitamos para salvar la conciencia, lo más sustancial de la vida sensitiva.

La manera en que se llega al concepto de Dios nos ha sido ya sugerida. No se ha deducido lo divino de Dios, sino que se ha venido a Dios por lo divino. Es un concepto colectivo, propio de los pueblos y no de los individuos. Nació en el pueblo el deseo de rendir culto a sí mismo, a su totalidad individualizada. Como es de suponer, un Dios creado de esta manera no puede ver un Dios racional. El conocimiento de este Dios procede del amor a El y del anhelo que exista. No se puede definir a Dios, puesto que "definir a Dios es limitarlo en nuestra mente, es decir, matarlo."¹⁸ Una interpretación racional de Dios nos satisface poco. La interpreta-

ción sentimental es la que persiste. Se ha dado características humanas a Dios, de modo que viene a representar el "hombre perfecto." Para completar este concepto, hemos dado a Dios una familia, y así también tenemos el culto a la Virgen y el culto al niño Jesús.

El Dios a quien oramos es el Dios que anhelamos; no un Dios que los cinco sentidos nos revelan. El mismo anhelo nos infunde fe. Cuando pedimos que se haga su voluntad, sentimos que su voluntad no puede ser "sino la esencia de nuestra voluntad".¹⁹

Volvemos a la pregunta ¿existe Dios? Creer que no le haya o resignarse a que no le haya, son, en el concepto del autor actitudes inhumanas, pero querer que no le haya "excede a toda otra monstruosidad moral". En cuanto a pruebas, basta decir que la razón no puede probar la imposibilidad de su existencia. Creer en Dios, al fin, consiste en anhelar que exista y conducirse como si existiese.

De la sed de divinidad surgen la fe y la esperanza, y de estos sentimientos brota la caridad. La esperanza da origen a la fe, puesto que el anhelo de que haya un Dios garantiza "la eternidad de conciencia" que nos lleva a creer en El. La

fe, por su parte, da un nuevo valor a la vida, mostrándonos que ésta tiene su manantial y su fuerza en "algo sobrenatural y maravilloso".

Sin esta tendencia a lo sobrenatural, las especulaciones de la razón afligen el espíritu. El oficio de la fe es crear, y la fe en Dios consiste en crearle.

"La esperanza en la acción es la caridad", dice Unamuno.²⁰ Creer en Dios es amarle, y el amor implica compasión. Dios es la personificación del Universo, y puesto que éste sufre, podemos ver reflejado el sufrimiento en el rostro de Dios. Sufre por ser limitado por la "materia bruta" en que vive, y por el escepticismo del cual no puede libertarse.

La caridad de que habla el autor es algo distinto de lo que comúnmente entendemos por caridad. La interpreta como el impulso a libertarse y libertar a todos y a Dios del dolor. La perpetuación del espiritualismo parece ser otro elemento de la caridad unamunesca. Al fin y al cabo, todos sus esfuerzos están concentrados en la busca de un amor y una comprensión universal que asegure la eternización de la conciencia. Este sentimiento abre el camino al descubrimiento de

Dios. Y la relación íntima con El es "lo que llamamos" religión.

Cada cual define a su propia manera la religión, pero hay que confesar la necesidad de sentirla para conocerla. Los que han tratado de describirla no nos han dicho mucho que sea convincente. Por todos los caminos de la religión, sin embargo, se llega al problema de la vida eterna y el destino futuro. Hayn por supuesto, muchos conceptos respecto a esta "otra vida", la mayor parte de los cuales no duran. Aunque mueran y se olviden las varias doctrinas, vale advertir que el pensamiento que muestra su propia inmortalidad permanece. Lo que anhelamos parece bastante claro. Queremos seguir viviendo después de la muerte la misma vida mortal, aunque sin sus males. No nos agrada la idea de perder nuestra propia identidad ni de "romper el encadenamiento de nuestros recuerdos". La idea de un sueño eterno es una idea repelente a la mayoría de nosotros.

Los que creen en la inmortalidad tienen ideas divergentes en cuanto a lo que es de esperar después de la muerte. En casi todo concepto, sin embargo, entra la idea de sociedad. Buscamos

una sociedad perfecta en la gloria. Buscamos una unión íntima de las almas de todos los que han sido. Como no vivimos aislados, no podemos concebírnos como sobreviviendo aislados. Lo que deseamos es una sociedad en que pensemos y sintamos con los hombres y con Dios.

A los que hablan de la locura de querer penetrar en el misterio de ultratumba, contesta Unamuno que es preciso creer en la otra vida. Hay que creer y buscarla para "poder vivir ésta y soportarla y darle sentido y finalidad." También hay que notar que quien quiera merecer y conseguir esta vida tiene que anhelarla con la razón y hasta contra ella.

El conducto necesario, según Unamuno, está claramente formulado. Hay que obrar de modo que se merezca la eternidad, es decir, que no se merezca morir. Es preciso buscar una interpretación personal del Universo para descubrir la vida eterna. Merece eternizarse todo, hasta lo malo mismo, "pues lo que llamamos malo, al eternizarse, perdería su maleza, perdiendo su temporalidad".²¹ Si nos está reservada la Nada, como opinan tantos escépticos, hay que pelear contra el destino, aún sin esperanza de victoria. Es pre-

ciso obrar de modo que sea "nuestra aniquilación" una injusticia. Cada uno debe proponerse dar de sí todo cuanto puede dar, y aun más. Hay que excederse. Es necesario, además de satisfacerse, dominar al prójimo. Amar al prójimo, en concepto del autor, es querer que sea como yo, es decir, que sea, al fin, otro yo. Y solamente así se puede aminorar hasta cierto punto, el sentimiento trágico de la vida.

Unamuno siente muy agudamente este sentimiento trágico. No puede cerrar los ojos a los que le muestra la razón, ni tampoco puede apagar la sed de inmortalidad, porque es Unamuno un hombre intensamente humano. El hombre es esencialmente trágico, y exige la tragedia. Unamuno, como Don Quijote, quien también sufre el sentimiento trágico, protesta y sigue luchando contra el Destino. Advierte al lector que en la lucha se descubren los valores de la vida y el camino a la inmortalidad. Y se despide del lector con palabras típicas; "Y Dios no te dé paz y sí gloria".

ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES

ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES

Al hablar de su pueblo, Unamuno se da cuenta del peligro que está constantemente presente. Dice que "es entrar en intrincado laberinto el pretender hallar lo característico de un pueblo que no es nunca idéntico en dos sucesivos momentos de su vida."¹ Se satisface con examinar objetivamente a su patria y con tratar de descubrir sus defectos y debilidades para corregirlos. Y sucede que en los mismos caracteres nacionales están de ordinario los defectos.

Los españoles, según el autor, caen en el pecado de "casticismos engañosos". Hay que acabar con los casticismos tradicionales para que concluya de veras la españolización de España. En el estado mental del país llevan la herencia de su pasado, y hay muchos que se quejan amargamente de si la cultura extraña les invade y tiende a ahogar la castiza personalidad española. Como es de suponer, Unamuno ve, actualmente, una actitud completamente distinta en su pueblo, pero es interesante examinar lo que dijo en uno de sus ensayos de treinta años ha. "Es un espectáculo deprimente el del estado mental y moral de

nuestra sociedad ... Pesa sobre nosotros una atmósfera de bochorno."²

En sus ensayos de 1898, Unamuno mostró un pesimismo sorprendente al hablar de su país. En un ensayo sobre la regeneración de España, dijo que todos mentían al hablar de regenerarse, puesto que nadie pensaba seriamente en aplicar el principio de regeneración a sí mismo. Con el aire de fuera el autor regenera su sangre, y no quiere respirar el exhalado aire de indiferencia que le rodea. Hay un consuelo sin embargo, y es que los efectos de las pérdidas que ha sufrido España no influyen en lo más mínimo en la felicidad o en la desgracia de la mayor parte de los españoles. No les importa que recobre o no España su puesto entre las naciones. No ganan nada con esa indefinible "gloria nacional". Su pobreza le basta a la gente; "es su riqueza."

No dice Unamuno, como muchos otros, que España está muerta. Ve, al contrario, un pueblo que sueña la vida, que cierra los ojos a la pérdida de las colonias y a las otras indicaciones de aparente debilidad. Hay que amar al pueblo para estudiarlo y conocerlo, pero según el autor, no se le estudia y, por consiguiente, no se le

conoce para amarlo. El mundo, "su enemigo", le deja que goce de la paz en la oscuridad.

Al fin y al cabo, viven tal vez mejor de esta manera. Los aldeanos de cualquier olvidado rincón viven, sin duda, con más paz interior que los ciudadanos conscientes de una gran nación histórica. "Maldito lo que se gana con un progreso que nos obliga a emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia para no oír la voz de la sabiduría eterna que repite el *vanitas vanitatum*."³ Es una ciencia divina esa ignorancia del pueblo. No sabe que es imposible alcanzar la felicidad perfecta y resulta que es perfectamente feliz. El pueblo sabe mucho más que los sociólogos que "se empeñan en no dejarle dormir".⁴ El pueblo en España no quiere aceptar eso que llamamos progreso. Se levantó en masa contra los ejércitos de Napoleón que traían el progreso, y no quiso sacrificar su conciencia individual por la de la colectividad. Progresar por progresar es una doctrina que no le satisface al pueblo español ni satisface tampoco a Unamuno. Los que más creen en el progreso, según Unamuno, sólo aspiran a la gloria co-

lectiva, es decir a que España llegue a ser una nación fuerte, que se deje ver y se haga oír en el mundo.

Es difícil caracterizar de un modo u otro al pueblo español, puesto que hay tantas maneras de estudiarlo. Tal vez no se deben lamentar los juicios de los extranjeros que contemplan a España, puesto que pudiera suceder que no fuesen menos injustos que los juicios de los españoles sobre ellos mismos. Hay que estudiarlo objetivamente, pero a la vez, hay que tener en cuenta el espíritu del pueblo y su punto de vista. Unamuno es muy español; siente este espíritu individualista del pueblo y lo aprecia, pero también ve sus defectos y los obstáculos que ha de vencer. Con la experiencia y con una visión clara de la historia, el autor hace un estudio de la España nueva que ha surgido de la España de antaño.

Según Unamuno la promesa de la nueva república española sólo puede conjeturarse. El proceso de su formación comenzó en 1898, como resultado de la pérdida de las últimas colonias. El pueblo se dió cuenta de que Santiago de Cuba se rindió para salvar a la monarquía y desde entonces, es decir, desde el Tratado de París, fué en aumento el senti-

miento de descontento con el reinado de los Hapsburg y Borbón.

Cuando Alfonso de Borbón y Hapsburg-Lorraine ascendió al reino, tenía visiones de un imperio español que incluyera a Portugal, Gibraltar y el norte de Marruecos. Contemplaba un gobierno autocrático e imperial que incluyera la región entera.

Inició una serie de reformas legislativas para impedir los movimientos socialistas y aun capitalistas, los cuales habían empezado a mostrar su fuerza. Al principio, sin duda, gozó de cierta popularidad, la cual no estaba destinada a durar.

Cuando la guerra europea comenzó, España estaba ocupada con la lucha en Marruecos, que desde el punto de vista popular fué una guerra colonial para establecer un protectorado civil, según los arreglos internacionales; pero, desde el punto de vista del gobierno real, fué una guerra imperialista. En un documento dirigido al rey por los obispos (un documento, según Unamuno, inspirado por el mismo rey) la guerra fué designada como una nueva cruzada, y así la caracterizó el rey en un discurso ante el Papa

en Roma. Si fué cruzada fué muy desgraciada, puesto que el pueblo la rechazaba protestando muchas veces.

Se rumoraba que Don Alfonso durante la guerra europea estaba en simpatía con las naciones del centro de Europa y que contaba con la protección de Alemania y Austria para sus sueños imperialistas. En realidad estaba divorciado de los elementos liberales afectos a los aliados y este divorcio fué el comienzo de la lucha entre la nación y el gobierno, entre el pueblo y el rey.

Los infelices sucesos de Africa en 1921 aumentaron el descontento general. Por toda España se oyó un grito de protesta y Unamuno condenó entonces violentamente al Rey.

Las protestas del pueblo en general y del autor en particular fueron muy amargas cuando el Rey llevó a cabo su "coup d'état" de 1923, proclamando a Primo de Rivera Dictador. "Aunque muchos lo aprobaron, los más astutos vieron que no era más que un nuevo método de ocultar el delito de la monarquía. Por sus protestas Unamuno fué desterrado y tuvo que dirigir sus diatribas y sus esfuerzos desde París. Confiesa

que la mayoría de los españoles que llegaron a ser republicanos fueron influídos principalmente por la propaganda "anti-Alfonsina". Fué una reacción contra el imperialismo del último Hapsburgo de España. Según Unamuno, después de 1921 no tenía Alfonso ni un partidario sincero y leal.

La esperanza de España quedaba y aun queda en las manos de la juventud. Fué la nueva generación que vió los peligros que amenazaban a España y se lanzó a corregirlos. Esta generación, según Unamuno, dirigió las elecciones que resultaron en el destierro de Alfonso. Los hijos, dice Unamuno, inspiraron en los padres el espíritu de independencia que resultó en la victoria de la nueva España.

Solamente una minoría conservadora no prestó sus fuerzas al proyecto, pues tenía horror a lo desconocido y veía sólo o monarquía o ruina, imaginando un terrible régimen comunista dirigido por una sociedad miserable e ignorante. Al fin vió, sorprendida, el buen orden con que se aceptó el triunfo del pueblo.

El comunismo, según Unamuno, no presenta un problema serio en España. La mentalidad española es más bien anarquista. Unamuno caracteriza a los

capitalistas españoles de "anarquistas conservadores". Añade, que sería difícil establecer en España un gobierno fascista, puesto que el pueblo tiende a protestar contra la disciplina, aun cuando se la imponga sobre sí mismo.

Como España no participó en la guerra europea, no tuvo el problema que representan ejércitos que vuelven a la vida privada después de haber pasado mucho tiempo en los campos de batalla, pero los jóvenes españoles, por otra parte, volvían de Marruecos odiando la vida militar. Semejante actitud de indisciplina es contraria al espíritu del Soviet y del fascismo.

Los problemas militares tienen, en el concepto del autor, un origen económico. El ejército español ha sido siempre un ejército de pobres. Los conquistadores de las Américas fueron muy pobres, así como lo fueron los tercios de Flandes. Para la nobleza la milicia era un honor y un modus vivendi, y para el pueblo esto último. Semejante milicia no apoyaría un estado comunista o fascista.

Es de notar que la educación social y civil del país ha ido progresando durante los últimos años. Uno de los aspectos más interesantes de

este movimiento es la educación del público respecto a sus derechos y las condiciones del país. Aun los labradores más humildes leen y piensan sobre problemas mundiales. El pueblo español del presente no es ignorante, y, según Unamuno, se conoce a sí mismo mejor que en ningún otro tiempo.

Así como es pequeño el peligro del bolchevismo, tampoco es de esperar una reacción clerical. La España católica de hoy en día tiene muy poco del elemento clerical. Es católica en cuanto a liturgia y estética y no se preocupa mucho del dogma y de la ética. No se encuentra en España "fundamentalismo". Y nadie, en España, podría concebir la persecución de un profesor por haber enseñado el "Darwinismo".

El católico español no comprende los excesos del Protestantismo. La Inquisición, que fué cosa política más bien que religiosa, no puede compararse; no toleraría lo que el autor llama los crímenes del Ku Klux Klan ni los rigores de las leyes prohibitivas. No vale la pena, tal vez, separar la Iglesia del Estado. Hay que establecer una Iglesia española y católica que esté bajo la autoridad del Estado. Hay que

tener universalidad sin imperialismo. El espíritu que permite la predicación de las cruzadas es anti-cristiano y no debe sobrevivir.

Los hombres y las mujeres de la España moderna no están dominados por los sacerdotes. Se han educado hasta el punto de poder ver lo que les hace falta y lo que han de hacer para que progrese su país. En cuanto a los miembros de los movimientos Católicos, se puede decir que sus motivos son más bien económicos que religiosos. Para ellos no es la Iglesia más que un especie de pãlicia.

Hay también, según el autor, un problema más o menos feudal. En algunas partes del país se nota que la división de la tierra en secciones o demasiado grandes o demasiado pequeñas causa mucha dificultad. El origen del problema está, tal vez, en el cambio de propósitos. Antes la gente se dedicó a la ganadería mientras ahora las industrias agrícolas ocupan las regiones más grandes y más pobres.

Uno de los problemas más importantes de España es el conflicto interno de unidad nacional, que presenta todavía dificultades. Cuando el autor habla de gobierno federal, no quiere decir

centralización, sino descentralización: no quiere unir lo separado, sino separar lo unido. Al hablar de "unitario", advierte que no quiere decir centralista. Resultan muy confusos los términos que emplea aquí Unamuno, pero lo que contempla es, sin duda, un grupo de individuos independientes, unidos en un común propósito.

El regionalismo presenta un problema que a Unamuno le aflige. Siendo vasco, tiene miedo de un conflicto semejante a lo que sucedió en los Estados Unidos con la guerra civil. No fue la esclavitud el problema, sino la unidad nacional. Había que determinar si era más importante la nación que el individuo. La situación en España es más complicada. Hay regiones en las cuales la gente difiere mucho, aun en la lengua que habla. En cuanto al vascuence, por ejemplo, el autor opina que sería una tontería tratar de abolirlo o de mantenerlo. Sobre el castellano, un idioma "internacional", se basa la esperanza de una unidad personal y política.

En cuanto al problema económico, hay que notar que España no tiene deudas extranjeras; tampoco tiene obligaciones de la guerra europea que descargar. No hay duda de que pueda mantener

su crédito económico, y ganará fuerzas según se nota ya por la serenidad con que el país ha cambiado su régimen social y político.

España tiene, en América, repúblicas españolas con su idioma, su religión y sus tradiciones. Ahora, con el proceso de reconstrucción nacional, surge una nueva república española que progresará con sus hermanas del otro lado del mar. Por un proceso curioso de la historia, la gran Hispania de las Américas ha descubierto y creado la Nueva España, la que acaba de nacer en el oeste de Europa.

CONCLUSION

El misterio del destino de los hombres en la tierra parece ser lo que más preocupa a Unamuno en su filosofía. Con una constancia sincera dirige todos sus esfuerzos a este problema que es, al fin y al cabo, el único problema de Unamuno. La manera en que explora las regiones de la fe le hace comparable a los santos y místicos de antaño, pero es más humano en que no puede acogerse a la base católica que a los otros les satisfacía. Sigue, sin embargo, la conquista de la inmortalidad, su propia inmortalidad.

Así es de notar su individualismo, que es lo que más caracteriza a Unamuno. La sociedad es, en su concepto, para el individuo, no el individuo para la sociedad. El yo, para él, es íntegro, todo. Cada ser es absoluto en sí. Hay que notar que no funda lo que dice en preceptos políticos ni sociales, sino que busca una base trascendental.

Unamuno no se pierde, sin embargo, en lo abstracto. Es un ser muy español, el hombre de carne y hueso. En su filosofía la vida no se rinde a las ideas. Concierne a su propia vida y nada más. A los que quieren condenarle de

egoista, contesta Unamuno que sólo podemos conocer y sentir la humanidad por medio del único humano que podemos estudiar. Y Unamuno ha tratado de penetrar dentro con una franqueza muy sincera.

De este estudio surgen las paradojas que nacen de la lucha entre las "verdades enemigas", es decir, la verdad que siente y la verdad que piensa. Unamuno busca racionalmente todas las pruebas en contra a la vida después de la muerte porque siente la persistencia del anhelo de sobrevivir, a pesar de la imposibilidad de encontrar racionalmente la inmortalidad. Su intelecto no puede destruir su fe. Ha llegado a ser lo que quiere ser: "nada menos que todo un hombre", con la mente que niega y el alma que anhela la vida eterna.

Como Don Quijote, Unamuno se lanza contra todo artificio y dogmatismo. Se opone a lo abstracto, a lo general y a lo convencional; el "tradicionalismo" sufre sus ataques. Escribe con una franqueza que a veces ha irritado a sus víctimas.

Es evidente que el valor de las obras de Unamuno no está en su calidad estética, ni aún

en el pensamiento. sino en el poder que tienen de "atraer o repeler"; de hacer pensar. Unamuno ve un mundo de uniformidades y quiere turbarlo con paradojas y dilemas.

Es Unamuno uno de los hombres más españoles que existen. Le preocupan mucho los problemas de España y muchas veces ha probado su amor y comprensión de su país. Aunque del extranjero derive mucho de su filosofía, es esencialmente español en su individualismo, su fe y su pasión de vivir. La claridad de su visión de España es aparente en sus Andanzas y Visiones Españolas, De Mi País, y en otros lugares en que comenta lo que ve. Ve la aparente "apatía" del pueblo, pero la considera como un estado feliz.

En la poesía de Unamuno vemos los mismos elementos que son característicos de su prosa. Más que el arte domina la fuerza y la sinceridad. La inspiración altiva, el vocabulario rico, la comprensión aguda del espíritu moderno y la fuerza están en conflicto con la voluntad del autor. Reglas convencionales no limitan su rima y metro. Sin embargo, los mejores versos de Unamuno son, tal vez, los sonetos. Su Rosario de Sonetos Líricos, según Salvador de

Madariaga, contiene algunos de los mejores sonetos escritos en español. En este libro el autor trata una gran variedad de asuntos. La poesía de Unamuno es activa y, a veces, dura. Es la obra de una mente viva y un alma afligida en vez de producto de belleza espontáneo. Su poesía es eminentemente moderna, y nos presenta cuadros sinceros, no de belleza, sino de fuerza. Unamuno nos ha dado novelas que, según el autor mismo, no son novelas. Para él, la novela no es "un cuadro de la vida". Es una obra subjetiva, en la cual dominan las ideas. Escribe "novelas", en las cuales la acción se desarrolla en el dominio del espíritu. Todos sus personajes parecen estar afligidos del mismo conflicto que a Unamuno le preocupa. Son, al fin y al cabo, hombres de carne y hueso; son Unamuno.

Lo que más claramente nos revela la personalidad del autor es el ensayo, y con este género literario ha devenido una de las figuras literarias más importantes de España. En varios respectos no iguala a Baroja, ni a Valle-Inclán, ni a Pérez de Ayala; pero sobresale Unamuno por "lo altivo de sus motivos" y la sinceridad con que sirve a una Dulcinea que jamás ha de alcanzar.

En esto encarna el espíritu de España. Su eterno conflicto entre fe y razón, entre espíritu e intelecto es el conflicto de España. Y Unamuno, como su patria, progresa con este conflicto entre ideales enemigos. Así, Unamuno, cuyos defectos y virtudes le hacen característicamente español, viene a ser un verdadero símbolo de su país y de su tiempo. Y España tendrá siempre enfrente este espíritu de Unamuno, hombre de carne, hueso y alma, a quien oye decir constantemente: "y Dios no te dé paz y sí gloria."

NOTAS

INTRODUCCION

1. González-Ruano, César: Vida, Pensamiento y Aventura de Miguel de Unamuno, p. 66
2. Ibid.
3. El Porvenir de España, Aclaraciones Previas, p. 14
4. Idem, p. 18
5. González-Ruano: Op. Cit., p. 120
6. Idem, p. 132
7. Idem, p. 189
8. Romera-Navarro, Miguel: Miguel de Unamuno, p. 171
9. Idem, p. 91
10. Idem, p. 88
11. Idem; p. 117
12. González-Ruano: Op. Cit., p. 200
13. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 72

UN QUIJOTE MODERNO CONTEMPLA AL QUIJOTE ETERNO

1. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 464
2. Ensayos, Tomo V, p. 212
3. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 37
4. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 295
5. Idem, p. 316

6. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 444
7. Idem, p. 446
8. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 314
9. Idem, p. 320
10. Ensayos, Tomo II, p. 127
11. Vida de Don Quijote y Sancho, pp. 41-42
12. Idem, p. 50
13. Idem, p. 52
14. Idem, p. 63
15. Idem, pp. 123-124
16. Ensayos, Tomo II, p. 109
17. Idem, Tomo I, p. 75
18. Idem, Tomo I, p. 52
19. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 65
20. Ensayos, Tomo II, p. 108
21. Sentimiento trágico de la Vida, p. 312
22. Ensayos, Tomo V, p. 204
23. Idem, Tomo V, p. 226
24. Idem, Tomo IV, p. 25
25. Idem, Tomo II, p. 113
26. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 316
27. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 446
28. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 316
29. Idem, p. 307
30. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 74

31. Idem, p. 74
32. Idem, p. 75
33. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 122
34. Ensayos, Tomo IV, p. 25
35. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 93
36. Idem, p. 319
37. Idem, p. 333
38. Ibidem
39. Idem, p. 352
40. Idem, p. 452
41. Idem, p. 460
42. Ensayos, Tomo VI, p. 57
43. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 40
44. Idem, p. 45
45. Idem, p. 107
46. Idem, p. 109
47. Ensayos, Tomo V, p. 218
48. Idem, Tomo V, p. 219
49. Idem, Tomo V, p. 210
50. Idem, Tomo V, p. 218
51. Idem, Tomo V, p. 217
52. Idem, Tomo V, p. 219
53. Idem, Tomo V, p. 227
54. Vida de Don Quijote y Sancho, p. 464

EL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA

1. Sentimiento Trágico de la Vida, p. 7
2. Idem, p. 11
3. Idem, p. 17
4. Idem, p. 30
5. Idem, p. 32
6. Idem, p. 38
7. Idem, p. 42
8. Idem, p. 45
9. Idem, p. 46
10. Idem, p. 48
11. Idem, p. 73
12. Idem, p. 79
13. Idem, p. 85
14. Idem, p. 91
15. Idem, p. 92
16. Idem, p. 117
17. Idem, p. 133
18. Idem, p. 167
19. Idem, p. 178
20. Idem, p. 202
21. Idem, p. 259

ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES

1. Ensayos, Tomo I, p. 189

2. Idem, Tomo I, p. 215
3. Idem, Tomo II, p. 169
4. Ibidem.

BIBLIOGRAFIA

Baquero, Gómez de ("Andrenio"):

Novelas y Novelistas, Madrid, 1918, Unamuno,
Novelista.

Renacimiento de la Novela en el Siglo XIX,
Madrid, 1924

De Gallardo a Unamuno, Madrid, 1926, pp.235-247

Bell, Aubrey F.S.:

Contemporary Spanish Literature, Volume I,
2nd Edition, New York, 1925

Boyd, Ernest:

The Agony of Christianity (Introductory Essay)
New York, 1928

Fitch, J. Crawford:

Essays and Soliloquies (Introductory Essay)

Balseiro, José:

El Vigía, Volume 2, Madrid, 1928

Darío, Rubén:

Miguel de Unamuno, Semblanzas Madrid, 1927

García Calderón, V.:

En la Verbena de Madrid, Paris, 1928, pp. 48-56

González Blanco, Andrés:

Los Contemporáneos, Serie I, Madrid, 1907,
pp. 74-145

González Ruano, César:

Vida, Pensamiento y Aventura de Miguel de
Unamuno, Madrid, 1930

Levi, Ezio:

Nella Letteratura Spagnola Contemporanea,
Firenze, 1922, pp. 3-12

Madariaga, Salvador de:

The Genius of Spain

Tragic Sense of Life, (Introductory Essay),
London, 1921, pp. XIX-XXXII

Semblanzas Literarias Contemporáneas, Barcelona,
1924, pp. 335-343

Romera Navarro, Miguel:

Miguel de Unamuno

Salaverría, J. María:

A Lo Lejos: España Visto desde América,
Madrid, 1914, pp. 159-164

Retratos, Madrid, 1926

Saldaña, Quintiliano:

Mentalidades Españoles: I., Unamuno, Madrid, 1919

Sorel, Julian:

Los Hombres del 1898: Unamuno, Madrid, 1917

Valli, Luigi:

Scritti e Discorsi della Grande Vigila,
Bologna, 1924, pp. 111-124

ARTICULOS SUELTOS

Beardsley, W.A.:

Modern Language Journal, Vol. IX, 1925, pp. 253-362

Cassou, Juan:

Mercure de France, 1926

Cejador, J.:

La Tribuna, 1918

Corthis, André:

Revue des Deux Mondes, Volume XXI, pp. 168-188

Curtius, Ernest:

Die Neue Rundschau, February, 1926, pp. 163-181

Legendre, Maurice:

Revue des Deux Mondes, 1922, Tomo IX, pp. 667-684

Olmstead, E. Ward:

The Nation, Volume XCIV, pp. 104-106

Pomés, Matilde:

Vie des Peuples, 1922, Tomo VI, pp. 833-840

Saldaña, G.:

Revista Crítica Hispanoamericana, 1918

Val, Mariano:

Ateneo, Tomo X, pp. 142-158

Vallis, Maurice:

Mercure de France, Tomo CXV, 1926, pp. 47-60

Revue de Paris, 1921, pp. 850-869

OBRAS DE UNAMUNO

Novelas:

Paz en la Guerra, Madrid, 1897

Amor y Pedagogía, Barcelona 1902

El Espejo de la Muerte, Madrid, 1913

Niebla, Madrid, 1914

Abel Sánchez, Madrid, 1917

La Tía Tula, Madrid, 1921

Tres Novelas Ejemplares, Madrid, 1920

Poesía:

Poesías, Bilbao, 1907

Rosario de Sonetos Líricos, Madrid, 1911

El Cristo de Velázquez: Poema, Madrid, 1920

De Fuerteventura a París, Paris, 1925

Ensayos:

Paisajes, Salamanca, 1902

De Mi País, Madrid, 1903

Vida de Don Quijote y Sancho, Madrid, 1905

Recuerdos de Niñez y de Mocedad, Madrid, 1908

Mi Religión, y Otros Ensayos, Madrid, 1911

Por Tierras de Portugal y de España, Madrid, 1911

Soliloquios y Conversaciones, Madrid, 1911

Contra Esto y Aquello, Madrid, 1912

El Porvenir de España, Madrid, 1912

Del Sentimiento Trágico de la Vida, Madrid, 1913

Ensayos (7 tomos), Madrid, 1916-18

Andanzas y Visiones Españoles, Madrid, 1922

L'Agonie du Christianisme, Paris, 1927

Drama:

Fedra (ensayo dramático), Madrid, 1924

El Otro

Raquel